



XXXVI

ARREBATADO yo por la corriente de los sucesos, por la importancia que les doy y por la rapidez con que quiero narrarlos, he descuidado la cronología. Está vaga y confusa y conviene fijarla un poco.

Nada más fácil. Basta decir para ello que el día de la fuga de D. Paco acertó á ser Domingo de Ramos.

Como D. Paco vagó todo aquel día y el siguiente, resulta que volvió á Villalegre al empezar el Martes Santo.

Son tales la preocupación y el embeleso de todos los habitantes de Villalegre durante aquella semana, que nadie hubiera notado ni la desaparición ni la vuelta de D. Paco si no hubiera sido él personaje tan notable, tan activo y que por lo común andaba siempre en todo.

Lo que no se hubiera sabido, ni aun en tiempos normales, eran las causas de su ida y de su vuelta. Los celos siguieron sepultados en el más

profundo silencio por los que los causaron y los padecieron: por D. Andrés, Juanita y D. Paco. Y los delitos de Antoñuelo y los medios que don Paco empleó para remediar unos y frustrar otros hubo interés en callarlos y se logró que los callaran el tendero y su mujer, únicas personas á quien interesaba decirlos.

Sólo se sabía que Antoñuelo había vuelto apaleado; pero, á pesar de los comentarios que se hacían, nadie atinaba con el motivo y pocos sospechaban quién había sido el autor del apaleo.

El tiempo aquel era el menos á propósito para que en Villalegre fijase el vulgo su atención en lance alguno, por extraordinario que fuese, de la vida real contemporánea. La atención general estaba embelesada y suspensa por la pasmosa representación simbólico-dramática que iba á verificarse durante cuatro días consecutivos, teniendo por teatro todo el lugar, con templos, plazas y calles, y teniendo por actores á la mitad ó quizás á más de la mitad de los hombres, y por espectadores á la otra mitad de ellos, á todas las mujeres y niños y á no pocos forasteros.

Las procesiones de Semana Santa empiezan el miércoles y terminan el sábado. Yo, que las he visto en mi niñez, en otra población donde son muy parecidas á las de Villalegre, conservo de ellas el más poético recuerdo, por donde imagino que las personas que las censuran carecen de facultades estéticas ó las tienen embotadas. Hasta la rudeza campesina de algunos accidentes

presta á la representación de que hablo candoroso hechizo.

Acaso había accidentes ó episodios en dicha representación en que lo sagrado y lo profano, lo serio y lo chistoso y lo trágico y lo cómico desentonaban algo. Celosos y discretos obispos han hecho sin duda muy bien en suprimir estas discordancias ó salidas de tono; pero lo esencial de la representación, que consta de procesiones y de pasos, sigue todavía y hubiera sido lástima suprimirlo; hubiera sido un crimen de lesa poesía popular.

A mi ver, hasta en corregir, atildar y perfeccionar lo que se hace, aunque no niego que se presta al atildamiento y á la mejora, es menester andarse con tiento. Puede ocurrir, si es lícito que yo me valga de un simil literario, lo que ocurre con un escrito en verso ó prosa cuando el autor, por el prurito de acicalar el estilo, manosea, soba y marchita lo que escribió y lo deja mustio, lamido y sin espontaneidad ni gracia.

Conviene además, para ver aquello con fruto y penetrar su hondo sentido, prescindir de refinamientos y de ideas de lujo y de exactitud indumentaria, adquiridas en ciudades más ricas y populosas. Sólo así y reflexionándolo bien se percibe lo sublime y lo bello de la verdad dogmática que bajo el velo del símbolo resplandece.

Menester es que no se arredre por lo áspero de la corteza el que anhele gozar del dulce alimento que para el espíritu ella cela y contiene.

La representación no se limita á ofrecer al

pueblo un trasunto de la pasión y muerte de Cristo y de la redención del mundo, sino que en cierto modo abarca todo el plan divino y providencial de la historia, como el famoso discurso de Bossuet.

Los seres humanos sin duda no se juzgan dignos de representar á los seres divinos ni se creen idóneos para ello y temen profanar la acción interviniendo en ella inmediatamente. De aquí que todos los momentos del alto misterio de la redención se figuren por medio de imágenes que se llevan en andas y cuyos movimientos silenciosos y solemnes va explicando un predicador desde un púlpito erigido en medio de la plaza y que la muchedumbre rodea. Sólo hablan los seres humanos. Los sobrehumanos callan, salvo algunos ángeles, que cantan lo que dicen.

Así, por ejemplo, el pregonero desde el balcón de las Casas Consistoriales lee en alta voz la sentencia que condena á Jesús á muerte afrentosa en una cruz y entre dos ladrones por enemigo del César y por otros muchos delitos.

El predicador exclama entonces:

—Calla, falso pregonero; calla, viperina lengua, y oye la voz del ángel, que dice...

En seguida aparece, en otro balcón de la casa mejor que está enfrente del Ayuntamiento, el niño de seis ó siete años más bonito, más inteligente y de más dulce voz que en el lugar hay; y primorosamente vestido de ángel, con tonelete de raso blanco bordado de estrellitas de oro, con refulgentes y extendidas alas y con corona de

flores, canta una sencilla y sublime contrasentencia, que comienza diciendo: *Esta es la justicia que manda hacer el Eterno Padre...*

Luego explica, con enérgica concisión que no se opone á la claridad, los misterios de la encarnación y de la redención, cuando en la plenitud de los tiempos se une el Verbo increado con la humana naturaleza, glorificándola y haciéndola digna del cielo, y padeciendo en ella y por ella, á fin de lavar sus culpas.

Sólo hechos meramente naturales, en que intervienen personajes secundarios, son representados por hombres.

Hay uno, no obstante, que es muy trascendental, y que también los hombres representan. Es la prefiguración, el reflejo profético del sacrificio del Hijo por el Padre: es el sacrificio de Isaac por Abraham en la cumbre del monte Mória, y que otro ángel impide. El monte está representado en medio de la plaza por un tablado cubierto de verdura. Abraham é Isaac no hablan: sólo accionan. Cuando Abraham tiene ya levantada la cuchilla para sacrificar á su hijo, el ángel le detiene cantando un romance. Isaac recibe entonces la palma del martirio, que ostenta en las procesiones de los días siguientes. Abraham sacrifica un cordero, según los antiguos ritos.

Los principales personajes del Antiguo Testamento discurren en la procesión silenciosos y solemnes, como si la Historia Sagrada tomase cuerpo y apareciese ante nuestros ojos en visión ideal. ¿Qué daña á la mente infantil y á la

rústica buena fe que no se ajuste con exactitud esta visión á la verdad arqueológica, y que en ella no se desplieguen el lujo y la pompa, si la imaginación del vulgo los pone allí con creces? A su vista aparecen, y van pasando, Elías, Ezequiel, Daniel, Isaías, Amós y los demás profetas, así como los reyes, jueces y príncipes; Melquicedec, David, Moisés, Salomón, y qué se yo cuántos más. Todos llevan el rostro inmóvil de la carátula; y en las potencias, aureola ó nimbo que coronan sus cabezas, inscrito el nombre de cada uno. Distínguense además, por los atributos que en sus manos tienen: David lleva el arpa, Salomón un modelo del templo y Moisés las Tablas de la Ley.

Como los profetas hicieron vida áspera y penitente, y no se cuidaron mucho del primor y de la elegancia en el vestir, se llaman los *ensabanados*, porque sus túnicas y mantos están hechos con sábanas. Y por el contrario, los monarcas y grandes señores se engalanan con todo el lujo que pueden, llevando por túnicas los mejores vestidos de sus mujeres ó de sus novias, y por mantos las colchas más ricas de las camas, por lo cual se llaman los *encolchados*.

Conforme va pasando cada procesión, que suele permanecer tres ó cuatro horas en la calle, se ejecutan pasillos, que casi siempre explica un nazareno cantando una *saeta*. Para prevenir y llamar la atención del público hacia cada pasillo, otros dos ó tres nazarenos hacen resonar las trompetas con melancólico y prolongado acen-

to. Así, pongo por caso, cuando los evangelistas van escribiendo en unas tablillas lo que pasa y unos judíos tunantes vienen por detrás haciendo muchas muecas y contorsiones y les roban los estilos. Los evangelistas, resignados y tristes, abren entonces los brazos y se ponen en cruz. Las trompetas resuenan otra vez para dar el pasillo por terminado.

Cosas hay de cierto primor artístico y de bien inspirada delicadeza. Así la cruz que llevan en andas, grande y negra como de ébano bruñido con remates primorosos de plata, sin Cristo en ella, que ya se supone resucitado y en el cielo, de la que penden siete anchas cintas verdes, blancas y rojas, de los tres colores de las virtudes teologales. Del extremo de cada cinta va asido un niño ó un grupo de niños, representando todos en su conjunto y muy lindamente los siete sacramentos de la santa Iglesia.

Otros niños con vestiduras talaras y con alas de querubines llevan en sus hombros el arca de la alianza, como recuerdo de la ley antigua, anterior á la Buena Nueva y á la ley de gracia.

En fin, para mi gusto todo está tan bien, que si no fuera por el temor de que me tildasen de impertinente y de extenderme demasiado en descripciones impropias de este lugar, seguiria relatando sin cansarme y con deleite artístico cuanto se representa en Villalegre en aquellos cuatro días.

Baste indicar aquí que el Viernes Santo al anochechar, se celebra el santo entierro, en el que

no parecen ya las figuras simbólicas de los personajes de la Antigua Ley; sólo hay nazarenos, hermanos de Cruz, llevando cada cual á cuestras la suya y haciendo gala de que sea pesada y grande, y soldados romanos y no pocos judíos, convertidos ya, en prueba de lo cual llevan en las manos sendos rosarios y van rezando devotamente. Hay, por último, muchos hombres y niños piadosos que alumbran el entierro con velas.

Pero la procesión más solemne y conmovedora es la que se verifica el Sábado Santo desde las nueve de la mañana hasta medio día.

En ella sale únicamente la imagen de María Santísima de la Soledad, que es como el paladín de la villa y que se custodia y venera en el templo más antiguo que existe allí, al otro extremo de la nueva parroquia, en la cumbre del cerro que domina la población, en la Acrópolis, como si dijéramos, y al lado del abandonado castillo del duque, desde donde éste salía con su mesnada á combatir á los moros fronterizos y á entrar en algarada por las tierras granadinas.

Aquella imagen es una obra maestra del arte cristiano en la época de su mayor florecimiento en España. Es cierto que se puede decir que el escultor no hizo más que la cabeza y las manos: el pensamiento puro y celestial y el medio por cuya virtud puede convertirse en acción el pensamiento. Pero aquellas manos y aquel rostro son de admirable belleza. Aquel rostro parece divino, combinándose en él la expresión del dolor más profundo y la humilde conformidad con

la voluntad del Altísimo. Los ojos de la Virgen son hermosos y dulces; el llanto los humedece. En las mejillas de la imagen hay dos ó tres lágrimas como el rocío en las rosas.

En el resto de la imagen no se advierte forma ni dibujo de cuerpo de mujer. Todo está cubierto de un riquísimo y extenso manto de terciopelo bordado de oro.

El artista, al representar el *Eterno femenino*, la fusión en el dolor de las dos excelencias de la mujer, como virgen y madre, se diría que huyó de lo corpóreo y sólo quiso prestar forma visible al espíritu.

Sobre los adornos y bordados de la túnica de la Virgen se ven las empuñaduras de las siete espadas que le traspasan el pecho.

En la procesión del Sábado Santo, todos los personajes del Antiguo Testamento y los judíos y los soldados romanos se desvanecen y se eclipsan ante la divina imagen de la Virgen. Sólo la acompañan el clero y la muchedumbre piadosa con innumerables velas y cirios encendidos.

Con devoción y recogimiento anda la procesión el camino marcado; pero apenas vuelve y entra de nuevo en su iglesia, todas las campanas de la villa tocan á gloria con estruendoso repique; un toro de cuerda muy bravo sale á la calle y los aficionados le lidian y capean; en la cárcel se da libertad á un preso que hace de Barrabás, y en varios sitios á propósito, donde hay poco peligro de matar á nadie, se ahorcan sendos Judas, ó sea grandes muñecos de trapo, rellenos

de estopa y de triquitraques, contra los cuales disparan tiros los mozos que tienen escopeta, hasta que los Judas arden dando muchos triquitracazos y tronidos.

De esta suerte terminan con el regocijo de la resurrección del Señor las interesantes fiestas de Semana Santa.





XXXVII

TODO andaba revuelto aquel día en la parte baja de la casa del cacique. Se entregaba la gente á diversos trabajos, para preparar una gran fiesta que había de realizarse al otro día, Miércoles Santo. La procesión, preámbulo de las otras, y que debía ser en dicho miércoles por la tarde, era dirigida y costeada todos los años por el señor don Andrés Rubio, hermano mayor de la más importante cofradía.

Habían de salir en esta procesión tres obras maestras de escultura, tan pesada cualquiera de ellas que para llevarlas en andas por las calles era menester un ejército de nazarenos.

La primera escultura representa al Señor de la Pollinita. Jesús cabalga sobre el humilde animal, y entra triunfante en Jerusalén.

El pueblo, compuesto de gran número de nazarenos, de soldados romanos y de judíos, debía marchar delante de la referida imagen con palmas y con grandes y frondosas ramas de olivo.

Después, precedida de todos los *ensabanados*, *encolchados* y *jumeones* que se pudiese, tenía que salir la Cena, cuyo peso es enorme, pues consta la imagen completa de trece figuras de tamaño natural y de la mesa, que algo pesa también y que va cubierta y adornada de flores, de las más exquisitas frutas que desde el otoño han podido conservarse hasta aquel día con el mayor esmero, y de un elevado y complicadísimo ramillete de dulces, donde echa el resto el más listo é ingenioso de los confiteros.

En pos de la *Cena*, y precedida también de mucha gente, había de salir la *Oración del Huerto*, donde Cristo ora de rodillas; un ángel, que quiere estar en el aire, pero que se apoya en el ramaje de un olivo, ofrece á Cristo el cáliz de la amargura, y los discípulos yacen por tierra dormidos.

Terminada la procesión, el Sr. D. Andrés tenía que echar el bodegón por la ventana y dar de cenar á los apóstoles, á los profetas, á los antiguos personajes bíblicos, á la plebe de Jerusalén, á los nazarenos y á la guarnición romana.

Las tres obras de escultura de que hemos hablado estaban ya expuestas al público el martes, no en las iglesias, sino en una inmensa sala baja entapizada de rojo damasco, adornada de cornucopias, flores y verdura, é iluminada por la noche con profusión de velas de cera.

Para cuidar de todo esto había elegido D. Andrés á Juana la Larga, quien en los dos días del martes y del miércoles apenas podía salir de casa.

de D. Andrés é ir á la suya, á no ser á la hora de recogerse para dormir.

El miércoles, singularmente, el trabajo de Juana era átroz. Ella debía condimentar para toda aquella tropa la espléndida cena de vigilia. Habría potaje de garbanzos con espinacas; como principal plato de resistencia, bacalao en sobre-husa; y como plato ligero ó de chanza delicada, una exquisita alboronia, que pudiese celebrar, si resucitase, el mismo famoso cocinero de Bagdad, que la inventó, dándole el nombre de la bella Alborán, sultana favorita del califa Harun Alraschid, héroe de las *Mil y una noches*, princesa á quien dicho cocinero tuvo la honra de dedicarla.

Claro está que para postre no habían de faltar los ineludibles pestiños y que había de abundar el vino para apagar la sed que causan la sal, conservada en el bacalao á pesar del remojo, y el picante de las mil ristras de guindillas y de cornetas que en tal día se consumen.

Se esperaba además que llegase á tiempo de Málaga mucho cazón fresco que Juana guisaría y haría servir á todos, ó bien solamente á los apóstoles, profetas y reyes, si no llegaba cazón suficiente para el vulgo.

Por último, Juana había prometido hacer un plato de su invención, con el que la gente menuda se chupa por allí los dedos de gusto; plato que tiene la singularidad de remedar, en cuanto cabe en lo humano, el milagro de pan y peces, pues con dos docenas de huevos y media hogaza para pan rallado, se hartan cien hombres, gracias

al sabroso ajilimójili en que ella rehogaba las livianas tortillas, después de haberlas frito, y en cuyo caldo se remoja el pan y se convierte en sopas que se engullen con deleite. A este plato de su invención, Juana dió el nombre de *hartabellacos*.

Prometía la cena del miércoles ser muy divertida, amenizándola con sus chistes un criado muy gracioso que tenía D. Andrés y que hacía en todas las procesiones el papel de Longino, soldado fanfarrón y galante antes de dar la sacrilega lanzada, y ciego después, que persigue al lazarillo, el cual se le escapa y le hace en las procesiones mil burlas y perrerías.

Lamentan algunas personas, pero yo no puedo menos de aplaudirlo en vez de lamentarlo, que el señor obispo haya prohibido, desde hace mucho tiempo, que salga en las procesiones otro personaje que salía antes, mil veces más cómico que Longino. Era este personaje José, el hijo de Jacob, porque, según decía el vulgo, no era ni fú ni fá. No era *ensabanado*, porque como primer ministro y favorito que había sido de Faraón, no podía vestirse pobremente con sábanas. Y no era tampoco *encolchado*, porque iba sólo con la túnica y no llevaba colcha ó sea manto ó capa, á fin de indicar que la mujer de Putifar se había quedado con ella. El que hacía de José solía ser el más chusco de los campesinos, que aparentaba asustarse al ver muchachas bonitas en los balcones, y ya se tapaba los ojos para no verlas, y ya huía, haciendo contorsiones y dando chillidos.

Menester es confesar que hizo muy bien el señor obispo en prohibir la aparición de esta figura, dado que sea exacto lo que se cuenta y que no se exageren los melindres y chistes del fingido casto José. Como quiera que ello sea, el punto se puede pasar por alto, porque no es de los esenciales en esta historia.

Lo esencial es que Juanita tuvo que pasarse sola y sin su madre casi los dos días enteros y tuvo que esperar hasta las diez de la noche del Miércoles Santo para poder hablar á su madre con reposo.

Por eso Juanita había citado á D. Paco en casa de ella para media hora después: para las diez y media.

Ahora me incumbe referir aquí, sin más digresiones, los casos memorables en que intervino Juanita hasta que llegó dicha hora.



XXXVIII

DON Andrés Rubio, en medio del jaleo y trastorno que había en su casa, estaba tranquilo sin mezclarse en cosa alguna. Sus dependientes y criados, con la hacendosísima Juana á la cabeza, cuidaban de todo y se esforzaban á porfía para que saliese con el mayor lucimiento.

Como la casa era tan espaciosa, que á no ser por su sencilla rusticidad y carencia de adornos arquitectónicos pudiera pasar por palacio, don Andrés, refugiado en sus habitaciones del piso principal, se sustraía al bullicio, y, según he indicado ya, estaba tranquilo.

Entiéndase, con todo, que esta tranquilidad no era mental, sino corpórea. Mentalmente el cacique estaba agitadísimo.

Por medio del maestro de escuela, á quien había hecho venir y con quien había hablado, sabía ya cuanto el maestro de escuela sabía.

D. Pascual, creyendo hacer un bien á sus amigos, había revelado á D. Andrés los celos y la

desesperación de D. Paco, causa de su fuga; lo que á D. Paco había ocurrido en sus dos días de campo; el amor de Juanita, tan enamorada de él como él de ella, y el sentimentalismo de Juanita en favor de Antoñuelo y su deseo vehemente de salvarle, hallando los ocho mil reales para tapar la boca del tendero murciano.

Hasta aquí sabía D. Pascual, y hasta aquí supo D. Andrés, sin llegar á saber lo del pagaré ni la visita de Juanita á D. Paco, que fueron sucesos posteriores y que D. Pascual ignoraba.

D. Andrés, por experiencia propia, no era muy inclinado á creer en la virtud de las mujeres. No tenía tampoco motivo alguno para hacer de Juanita una excepción honrosa. Al contrario, la juzgaba desenvuelta, provocativa y educada en plena libertad por una madre ordinariota é ignorante, de la clase más baja de la sociedad y antigua pecadora más ó menos arrepentida.

Como hombre á quien la elevada posición no venía de abolengo porque su padre y él se habían levantado por saber y esfuerzos sobre la plebe á que pertenecían, D. Andrés, sin poderlo remediar, y más bien á causa que á pesar de su mucho entendimiento, tenía peor opinión de la gente menuda que aquellos que desde tiempo inmemorial, ó después de una larga serie de antepasados ilustres, descuellan entre el vulgo. Suelen éstos atribuir la superioridad que tienen y el acatamiento que se les da á circunstancias dichosas; á haber nacido donde han nacido; á una ficción social y legal de que en lo íntimo de

su alma no pueden jactarse. De aquí que sean modestos en el fondo y que por naturaleza consideren igual ó superior á ellos á la más infima y cuitada criatura humana. Por el contrario, don Andrés, como no pocas otras personas que por ellas mismas se encumbran, se sentía muy superior á cuantos prójimos le rodeaban. Y como él era además inteligente, escrutador del valer propio, y se encontraba, aunque apenas osaba confesárselo, con no pocos defectos y vicios, no podía menos de atribuir ó de conceder muchísimos más á cuantas personas miraba en torno de él, dominándolas y humillándolas.

Así predispuesto, y valiéndose de los datos que ya tenía, trazó D. Andrés en su mente el carácter de Juanita y compuso á su manera la historia de la muchacha.

Para explicarse el empeño que ella formaba en salvar al hijo del herrador, dió por cierto que había sido muy prematuramente su amiga. Y en el amor de Juanita á D. Paco no vió más que el plan de casarse con el hombre más importante que después de él había en la villa.

Ambos planes repugnaban extraordinariamente al cacique. Querer salvar á Antoñuelo, aunque Antoñuelo fuese su pariente más ó menos lejano, le parecía detestable y absurda aberración. Lo que convenía era la condenación de Antoñuelo para escarmiento de otros pícaros y para seguridad y descanso de las personas pacíficas y honradas. D. Andrés había censurado siempre la compasión malsana que los crimina-

les suelen inspirar en nuestro país y había aplaudido la impaciente severidad con que los yankees *lynchan* sin escrúpulo á quien la justicia anda rehacia en dar el merecido castigo.

El casamiento de D. Paco con Juanita le parecía aún mayor monstruosidad. Acaso en un principio Juanita gustaría de D. Paco, pero pronto sentiría la desproporción de edad, porque la de D. Paco era triple que la de ella, de suerte que D. Andrés preveía y deploraba proféticamente que Juanita acabaría por poner en ridículo al ilustre secretario del Ayuntamiento y por hacerle muy desgraciado. Por otra parte, don Andrés temblaba al pensar en el furor de doña Inés cuando descubriese que Juanita, con su hipocresía y sus embustes, la había estado engañando, y que, en vez de meterse monja, se casaba con D. Paco, y daba por madrastra, á ella, enlazada ya con la familia más noble de toda aquella comarca, después de la familia del duque, á la hija ilegítima de una mondonguera.

Doña Inés, si tal cosa se realizase, sería capaz de tener un ataque de rabia ó de estallar como una bomba.

Calculaba D. Andrés que él podía prestar dos muy importantes servicios: uno á doña Inés, impidiendo que su padre la avergonzara casándose con una muchacha de tan ruin y humilde clase, y otro á D. Paco abriéndole los ojos para que al fin comprendiese que Juanita no le quería sino por interés, y que él no debía casarse con ella por ser indigna de su cariño.

El desengaño sería cruel para D. Paco, pero D. Andrés se disculpaba la crueldad, recordando aquello de *quien bien te quiere te hará llorar* y lo otro de *la letra con sangre entra*.

Al prestar estos dos servicios no se le ocultaba á D. Andrés lo mucho que él se exponía. Se exponía por una parte á que doña Inés llegase á saber que él quería seducir ó había seducido á Juanita, lo cual enfurecería á doña Inés por dos razones: porque contrariaba sus planes místicos de que Juanita fuese monja y porque deslucía ó manchaba el amor (sin duda platónico) con que el propio D. Andrés la estaba, hacía más de siete años, complaciendo, tal vez poetizándole la vida, y consolándola de tener un marido tan perdulario. Y se exponía además á que D. Paco no quisiese aguantar la lección, prescindiese de todos los favores que le debía y le buscase camorra.

Don Andrés no se arredraba ante la previsión de un duelo. Manejaba bien la espada y la pistola, y D. Paco no sabía de esgrima y jamás había tomado una pistola en la mano; pero bien podía D. Paco, como lugareño que era y nada acostumbrado á perfiles y á ceremonias, perder un día la cabeza y rompérsela á él, porque tenía la mano pesada y manejaba bien el garrote, de lo cual, aunque pacífico, había dado ya diversas pruebas, además de la que salió tan cara á Antónuelo.

La primera vez, huyó D. Paco porque se juzgaba desdeñado de Juanita y razonablemente no podía darse por ofendido ni de que ella favore-

ciese á otro ni tampoco del amante favorecido.

El caso era ya muy diferente. D. Andrés, aunque no lo sabía, sospechaba que Juanita y D. Paco se verían ó se habrían visto y estarían de acuerdo. Cualquier favor, por consiguiente, que á él hiciera Juanita, sería una infidelidad de ésta, y para D. Paco un agravio que probablemente no se resignaría á sufrir y del que resolvería tomar venganza.

A pesar de tales inconvenientes, D. Andrés no se arredra. Se sentía picado de que á él, omnipotente en Villalegre, se le desdénase de aquel modo. El mismo desdén estimulaba más su deseo. Hasta por amor propio quería á toda costa triunfar de Juanita. Ardua era la empresa, pero él no se la figuraba tan ardua. Juanita había coqueteado con él y le había provocado. Era cierto que, cuando la besó en la antesala, ella le rechazó con furia, ¿pero no fué acaso furia fingida porque entró D. Paco y le vió entrar ella? D. Andrés dió por seguro que fué furia fingida.

—Ya veremos—decía para sí—si me rechaza donde y cuando esté ella segura de que no entra D. Paco á interrumpirnos.

A pesar de su momentánea rivalidad, D. Andrés quería de corazón á D. Paco, reconocía todo su mérito, apreciaba todos sus servicios y distaba mucho de querer hacerle el menor daño. Lejos de eso lo que anhelaba era desengañarle en sazón y oponerse á su absurda boda.

De todos modos, á fin de precaverse contra el peligro de que D. Paco no gustase de ser des-

engañado, y de que, en un instante de celosa locura, llegase al extremo de apelar al garrote, D. Andrés, que de ordinario no llevaba armas, tomó un pequeño revólver de seis tiros y se le guardó en la faltriquera.

Antes de salir de casa, á eso de las diez de la mañana, habló D. Andrés con el criado de mayor confianza y más listo que tenía. Era su secretario, su ayuda de cámara, su confidente favorito y al mismo tiempo su bufón, porque tenía mucho chiste: baste decir que hacía de Longino en las procesiones.

Don Andrés, recomendándole el más profundo sigilo y la mayor cautela, hubo de hablarle así:

—Deseo y necesito tener una entrevista á solas con cierta persona que de seguro no querrá venir á mi casa, al menos la vez primera, aunque después aprenda el camino y venga con gusto. Posible es también que dicha persona se niegue á recibirme si yo directamente ó valiéndome de tí pido á ella que me reciba. Importa, pues, que tú te dirijas á la criada de dicha persona y ganes su voluntad, con presentes ó como quiera que sea, para que ella hable con su ama y la convenza y la incline á darme la cita. Quiero que esto sea en todo el día de hoy ó en el de mañana, hasta las nueve de la noche. Durante este tiempo la ocasión es propicia y conviene no perderla. Acaso ocurra que la persona que yo pretendo me cite no se preste á confesar que accede á la cita y guste de aparentar que yo, por traición de su criada, entro á pesar suyo en su casa y la sor-

prendo. Para que nadie se entere, porque no quiero disgustar ni ofender á nadie, debe ser la cita y debo yo ir á ella después de anochecido.

—¿Y quién es la persona que ha de citar á V. E. y que gasta tanto melindre?—se atrevió á preguntar Longino.

—Pues la persona—contestó D. Andrés bajando más la voz—es Juanita la Larga.

Muy sorprendido se mostró Longino al oír esto, lo cual agradó sobremanera á D. Andrés, porque era prueba evidente del misterio y del disimulo con que él hasta entonces había perseguido á la muchacha. Cuando Longino no había sospechado lo más leve era indudable que nadie en el lugar lo sospechaba y que el secreto, hasta entonces, se había guardado entre D. Paco, él y ella.

Muy satisfecho Longino del encargo delicadísimo que su señor acababa de confiarle, prometió hacer prodigios de destreza para que nada se divulgase y para que todo se lograra. Informó además á su amo de que Rafaela, la criada de ambas Juanas, á quien él conocía, era muy callada, muy lista y muy experimentada, porque frisaba ya en los cincuenta años y la había corrido en su mocedad, y si bien la fortuna siempre le había sido adversa, ella sabía dónde le apretaba el zapato.

—Otro gallo le cantara—dijo Longino—y no estaría de fregona si la fortuna no fuese tan caprichosa y tan ciega.

Terminado este coloquio, todavía antes de sa-

lir de casa tuvo D. Andrés otra conversación interesante.

Quien habló con él fué una mujer que entraba á verle con frecuencia y que le traía y le llevaba recados de la señora doña Inés López de Roldán, sin duda para los negocios y obras de caridad que ellos trataban y hacían juntos.

La interlocutora de D. Andrés ya comprenderá el lector que fué Serafina.

Venía á decirle que su ama quería hablar con él y que le rogaba que fuese á su casa á la hora de la siesta.

Tan preocupado estaba D. Andrés que, por más que el menor deseo de doña Inés fuese para él soberano mandato, se excusó de ir por la multitud de quehaceres que le agobiaban y sólo prometió ir á la tertulia por la noche.

Para que doña Inés se entretuviese en su soledad ó en compañía de Juanita la Larga dió don Andrés á Serafina dos bellísimos libros devotos que acababan de reimprimirse en Madrid, y que el librero Fè le enviaba, sabedor de las inclinaciones ascéticas y místicas de la señora principal de Villalegre. Eran estos dos libros el *Tratado de la Tribulación*, de Fray Pedro de Rivadeneira, y *La Conquista del reino de Dios*, de Fray Juan de los Angeles.

Serafina dió á entender á D. Andrés que su ama tenía grandísima curiosidad de saber quién había apaleado á Antoñuelo y por qué motivo. Y juzgando D. Andrés que la verdad era el mejor disimulo en este caso, contó á Serafina, para que

se lo refriese á su ama, que D. Paco, después de haber vagado por extravagancia y capricho descubrió el secuestro del tendero murciano, y que para libertarle y aun para defender la propia vida tuvo que apalea al hijo del herrador, sin conocerle hasta después, porque llevaba carátula. Todo se explicaba así con la misma verdad y D. Andrés alejaba de la mente de doña Inés hasta la menor sospecha.



XXXIX

JUANITA, después de haber declarado su amor á D. Paco y después de tener por seguro que no procesarían á Antoñuelo, se puso tan contenta y se aquietó de tal suerte, que desistió de todo propósito de venganza contra doña Inés, á pesar de lo mucho que doña Inés la había molido. Se arrepintió también de su prolongado disimulo y se propuso, sin retardarlo ya más que hasta el día siguiente miércoles, entre diez y once de la noche, hacer público su noviazgo y su futuro casamiento con D. Paco.

Hasta entonces tenía ella una vaga esperanza de poder preparar el ánimo de doña Inés, á fin de evitar su enojo; pero si esto no se lograba, Juanita estaba decidida, contando con la decisión de D. Paco, á arrostrar el enojo de doña Inés y el de todo el mundo y á hacer su gusto casándose, aunque ella, su futuro y su madre tuvieran que abandonar por insufrible el pueblo de Villa-